400

EL CHISTE.

COLECCION

DE OBRAS CÓMICAS Y DRAMÁTICAS.

AL REVÉS,

JUGUETE EN UN ACTO Y EN VERSO, ORIGINAL

DE

JUAN MELA.

MADRID.—1872.

ADMINISTRACION: TEATRO DE VARIEDADES.

MAGDALENA, 40.

EL CRISTE

COLECCIÓN

DE OBRAS CÓMICAS Y DRAMÁTICAS

AL REVÉS

DRAMA EN UN ACTO Y EN VERSO Y ESTRAÑO

POR

JUAN VERA

VALENCIA—1874

IMPRENTA DE MANUEL DE VICENTE Y PUCHOL

Mercado, 28

AL REVÉS.

A mi buen amigo y compañero don Leitzardo Fernandez Gomez

El autor

AL REVÉS,

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO ORIGINAL

DE

JUAN MELA.

Representado con buen éxito la noche del 21 de Julio de 1872
en el Teatro de Lope de Rueda.

MADRID: 1872.

IMPRENTA DE DIEGO VALERO,
SOLDADO, 4.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARIA	Sra. Castro.
LUISA.	Srta. Samper.
JOSEFA.	Sr. Gomez.
FERNANDO.	Mela.
CÉSAR.	Escanero.
RAMIREZ.	Banovio.

La accion tiene lugar en San Sebastian.—Época actual.

La propiedad de esta obra pertenece á la galería cómico-dramática titulada *El Chiste*, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de la indicada galería son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Aurora

A tí, ~~querida,~~ queridísima, dedica este juguete, tu padre

JUAN MELA.

2509311

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/alrevesjugueteco3511mela

ACTO ÚNICO.

El teatro representa una sala de paso de una fonda amueblada con lujo; puertas á derecha é izquierda con números.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon aparece, saliendo por la puerta del fondo, DON CÉSAR.

CÉSAR. Pues señor, bravo paseo!...
Y á no ser por mi Luisa
por más tiempo le prolongo;
que las matinales brisas
de las mañanas de Julio
con su frescura convidan
á aspirarlas con placer.
Acertado por mi vida
estuve al dar preferencia
á San Sebastian. Por dicha,
he hallado allí lo que yo
buscaba con ánsia viva.

Una mujer... digo mal:
una vestal, una ninfa...
un portento de hermosura
que escuchó mi voz propicia,
y que paga con su amor
el amor del alma mia.
—Porque no quiero negarlo,—
siempre he visto con envidia
los matrimonios felices...
Y era mi ánsia contínua
encontrar una mujer
en quien hallar reunidas
todas cuantas condiciones
constituyen una digna
y fiel esposa. Y al fin dí
con lo que yo apetecia.
Luisa es jóven, muy modesta,
bien educada, bonita;
y por colmo de fortuna,
poco exigente y muy rica.
Que aunque yo al buscar mujer
no imaginé que precisa
fuera aquesta condicion,
pues la suerta me la brinda
con dinero, mal no viene...
que el oro nunca se tira.

ESCENA II.

DICHO y JOSEFA.

CESAR. Hola, Pepa! Dios te guarde.
JOSEFA. D. César, felices dias.
Qué tal la noche?
CÉSAR. Muy buena.
JOSEFA. Me alegro.
CÉSAR. Las señoritas...?

JOSEFA. Han salido hace ya tiempo
á dar una vueltecita
por el puerto.
CESAR. Preguntaron
por mí tal vez?
JOSEFA. Enseguida
que salieron. Yo les dije
que usted muy de mañanita
habia ido á pasear.
Y entonces doña María... (Deteniéndose.)
CÉSAR. Prosigue. Por qué te paras?
JOSEFA. Ruego á usted que me permita
callar.
CÉSAR. Sigue, no seas tonta.
JOSEFA. Es que puede que me riñan
y de chismosa me tilden
si yo le digo...
CÉSAR. Pepita,
prometo guardar silencio
de todo cuanto me digas.
Toma, cómprate un pañuelo.
(Ofreciéndole una moneda.)
JOSEFA. Gracias, no señor.
CESAR. Chiquilla,
toma, que si no me ofendo.
JOSEFA. Si se ofende... (Tomándola rápidamente.)
CÉSAR. (Riendo.) Te resignas?
Muy bien hecho. Vamos, habla:
con que dijo...
JOSEFA. Verá usté... La señorita,
que sabe usted tiene un génio
algo duro...
CÉSAR. Sí, de harpía.
JOSEFA. Tanto no digo, don César.
Es irascible, algo altiva,
y cree ver un desaire
en la cosa más sencilla.

Al decirles yo que usted
salió temprano, con risa
de sarcasmo dijo al punto:
«Desengáñate, hermanita,
tu amante es un desatento;
ni siquiera por política
ha pasado á preguntarte
si alguna cosa querías.»
Yo repliqué: usted estaba
en el lecho todavía;
don César quiso que entrase
mas como ustedes dormian...
«No importa, insistir debió.»
Pero es que... «Calla, parlanchina.»
Está claro, por cumplir...
¿Cómo anoche á su salida
de nuestro cuarto no dijo
que temprano á salir iba?
Como todos!... como todos!
Ay! desengáñate, hija;
lo toma cual pasatiempo
de verano... Fia... fia...
Recordarás mis consejos...
y entonces sentirás, niña,
haber tan crédula sido.
«Pero hermana, tú te indignas
al momento, contestó
la señorita Luisa.
Un amante no es esclavo.»
«Debe serlo.» «Qué manía!»
«Para eso el hombre ha nacido.»

CESAR. Qué preciosas teorías!
Dios quiera le toque un loco
que haga pasar á esa inícua
del purgatorio las penas.
Hubo más?

JOSEFA. Mil tontería

siguió diciendo, y marcharon.

CESAR. Hoy me caso; al otro dia
cojo á mi mujer del brazo,
y á ver no vuelve en la vida
á su hermana. Qué mujer!
El diablo que la resista.
Si como ella hubiese muchas
el mundo se concluia.
Por fortuna, las demás
de la raza femenina
piensan de modo distinto
y al sexo feo se inclinan,
que lo demás es monótono:
no te parece, Pepilla? (Intentando abrazarla.)

FERN. Guia, mastuerzo. (Dentro.)

JOSEFA. Gente viene.

CESAR. Hasta despues. (Entra en su cuarto.)

(Al ir á marchar Pepa se encuentra en la puerta del fondo con don Fernando, que la detiene.)

ESCENA III.

DICHA, DON FERNANDO y RAMIREZ, que trae unas maletas y una sombrerera.

FERN. Brava hembra!

JOSEFA. Qué?

FERN. Que es usted muy linda.

JOSEFA. Agradezco la fineza,
pero no merezco tanto.

FERN. De mil gracias, niña bella,
es usted raro conjunto,
se lo digo con franqueza.
Usted debe ser...

JOSEFA. Doncella...

FERN. Me placen. (Rápidamente.)

JOSEFA. (Sonriendo.) De dos señoras...

FERN. Yo creí...

JOSEFA. Ocupan esa
habitacion. (Indicando la de la izquierda.)
FERN. Me alegro.
Y diga usted, ¿son solteras?
Siempre es bueno el informarse,
porque acaso me convengan.
JOSEFA. Solteras son, sí, señor,
mas como si no lo fueran.
La menor es prometida
(Señalando á la habitacion de César.)
de aquel jóven, y á la iglesia
irán dentro de muy poco.
Y á la otra, ¡santa Tecla!
no la conquista ni un rey.
FERN. ¿Y por qué, diga usted, perla?
JOSEFA. Y es muy guapa, y es muy rica...
Pero tiene unas rarezas...
FERN. ¿Rarezas? ¿Y cuáles son?
JOSEFA. Que los hombres no la petan.
FERN. (Alarmado.) Demonio!
JOSEFA. Porque ella dice
que no hay ninguno que sea
digno de alcanzar su amor.
Y por tanto, que á la tierrra
irá con palma.
FERN. Mal hace;
y es lástima trague ella
sus encantos, sin que antes...
JOSEFA. Me retiro.
FERN. Espera, espera;
pues necesito saber...
Tú, cómo te llamas?
JOSEFA. Pepa,
para servirle.
FERN. Para servirme?
Ojalá! Pero acaso tú no quieras.
JOSEFA. Segun y cómo. De qué?

FERN. Tú tienes espejo, reina?
JOSEFA. Sí señor; pero á qué viene...?
FERN. Y díme, qué es lo que encuentras
en él cuando en él te miras?
JOSEFA. Mi cara. (Sonriendo.)
FERN. Que es una estrella...
y por esa cara yo
daría... (Intentando acariciarla.)
JOSEFA. Las manos quietas,
que para que usted la toque
es demasiado morena...
Y hasta luego, que ya basta
de charlar y de pamemas.
RAMIREZ. Si es que mi amo no sirve,
aquí estoy yo, retrechera.
Bendito sea ese armasen
de sandunga!...
OSEFA. (Riendo.) Qué babieca!
AMIREZ. Si yo fuese rey de China
seria osté reina chinesa,
porque pondria en su mano
corona... setro....
ERN. Babieca,
mete al momento en el cuarto
el saco y la sombrerera.
(Ramirez entra en el cuarto de la derecha.)
Tú no hagas caso á ese bruto
que te puede tener cuenta.

ESCENA IV.

FERNANDO y CESAR.

CESAR. Pues señor, aguardaremos,
que pronto darán la vuelta.
FERN. Caballero, buenos dias.
CESAR. Qué miro?... Fernando!

(Dejando el libro y levantándose.)

FERN. César!
Tú por aquí? Que me alegro!
Venga un abrazo.

CESAR. (Abrazándole.) Sí.

FERN. Aprieta.

CESAR. Y qué te trae por aquí?
Vamos á ver, linda pieza.

FERN. Hijo, me trae el calor,
porque allá por nuestra tierra
no se puede tolerar;
que es Madrid en esta época
del año, de los infiernos
la antesala verdadera.
Vengo á que laven mis culpas,
que no deben ser pequeñas,
en vez del Jordan, las aguas
de estos mares.

CÉSAR. Buena idea.
Esto está muy concurrido.
Mucha gente madrileña
verás aquí. Hay teatro.

FERN. Opera, ó verso?

CÉSAR. Zarzuela.

FERN. No es de lo que mas me gusta,
no estoy por las tintas medias.
Quiero oir cantar ó hablar.
¿Has visto cosa mas nécia
que de pronto interrumpir
á lo mejor una escena
de dos que están razonando
de amores, y dice ella:
—Qué si yo te amo?... Escucha.—
Y despues de que la orquesta
preludia algunos compases,
y él tose, y ella bracea,
prorumpe con voz melosa:

—«Mi pasion es una hoguera...»—
O por ejemplo, el tenor
que está armando pelotera
al bajo, porque no quiere
que se case con Teresa
su prometida, y le dice
al ir á marcharse:—«espera.»—
Y precedido de fuertes
de platillos y trompetas,
canta:—«Primero la luz del dia
ha de faltar á la tierra,
que yo tolere, Benito,
que te cases con Teresa?»—
Nada chico, Meyerbeer,
ó Tirso y Lope de Vega.

CÉSAR. Soy de tu misma opinion.

FERN. Pues digo, y si... cancanean?

CÉSAR. No hay can-can.

FERN. Y bufan
exhibiéndoos las piernas?

CÉSAR. No, tampoco.

FERN. Vaya en gracia,
no es poca fortuna esa:
que han convertido el teatro
que debiera ser escuela
de las mejores costumbres,
en un lodazal de...

CÉSAR. (Interrumpiéndole.) Cesa,
y deja rodar el mundo,
Fernando, como rueda.

FERN. Tienes razon. Y de amores?...
ya sé que al cabo te pescan.
Quiero decir: que te casas.

CÉSAR. Sí, Fernando.

FERN. Y quién es ella?

CÉSAR. Una mujer.

FERN. (Riendo.) Lo supongo.

Hombre no será...

CESAR. (Riendo.) Tronera!
Una mujer muy bonita,
y rica.

FERN. ¡Brava prebenda!
Segun me contó una chica
que dijo ser su doncella,
tiene una hermanita adusta
que á los barbudos detesta.

CESAR. Es verdad.

FERN. Y es por capricho,
ó es que esa rara belleza
algun desengaño llora?

CESAR. No lo sé; pero es lo cierto
que dudo que alguien consiga
á esa roca berroqueña
ablandar para el amor.
Te digo que es una fiera
indomesticable. Mas este asunto
dejemos.

FERN. Por mí, sea.

CESAR. Y qué tal, has ascendido?
El sesenta y seis ya eras
capitan, y mucho antes
de las tristes ocurrencias
del mes de Junio. Y hoy?

FERN. Chico, dejé la carrera
cuando llegué á comandante.

CESAR. Ay, Fernando, qué simpleza!
Cuándo ascendiste?

FERN. El mismo año
que tú has citado con pena.

CESAR. Pues fué una gran tontería.
Hay hombre que en esa época
era sargento segundo,
y es hoy coronel.

FERN. (Riendo.) Aprieta!

No tanto muchacho, no.

CESAR. Qué no, dices?

FERN. Exajeras.

CESAR. Está bien, no será tanto.
Mas tú, lo que es á esta fecha,
y despues de tantos cambios
y tantas marimorenas,
con algo de diplomacia
y ensanchando la conciencia,
hubieses llegado á ser...

FERN. Calla, que me dá vergüenza
oir hablar de ese modo
de la milicia. Qué afrenta!
Por desgracia, de esa suerte
hoy se ganan las estrellas
y galones y entorchados
muchos aquí. Se sublevan
para implantar libertades;
y los mismos pisotean
esas libertades santas
y abandonan su defensa
para ganar nuevos grados
y cintas y cruces nuevas.
Empuñe el arma el soldado
para arrojar de su tierra
al extranjero invasor
que en són de conquistas venga.
Para hacer que se respete
la ley, si se la atropella,
y si un Gobierno opresor
oprime al pueblo y le befa,
debe defender al pueblo
contra los tiranos. César,
por eso dejé el servicio,
que no blandirá mi diestra
la espada contra mi hermano
en fratricida contienda...

Primero la cortaré
que cometer tal vileza.

CÉSAR. Calma, Fernando, y advierte
que son pretensiones nécias
las tuyas, y disimúlame
que te hable de esta manera.
Siempre el poderoso al pobre
dominará. La violencia
del más fuerte, ¿de qué modo
combatirás?

FERN. (Con brio.) Con la fuerza
del derecho y la justicia.
Con la ley.

CÉSAR. ¿Y sino es buena?

FERN. La ley no puede ser mala.

CÉSAR. Eso será en otras tierras,
porque aquí los que la hacen
esos mismos la barrenan.
Por eso yo ni aun en broma
politiqueo. En fin, deja
esas graves reflexiones,
que veo que te exasperas,
y á males ya tan antiguos
es difícil dar enmienda.
Piensa solo en divertirte
que estos lugares se prestan
para ello. Tú que siempre
has tenido buena estrella
con las mujeres, emprende
la dificultosa empresa
de conquistar á María.
A ver si con sutileza
consigues rendir osado
y trocar en blanda cera
ese corazon de risco.

FERN. ¿Yo enamorar?...

CÉSAR. Es muy bella.

FERN. Para mí pasó ya el tiempo
de galantear. Los treinta
tengo cumplidos. Ahora
no ando ya de Ceca en Meca
tras de amorosos empeños
cojiendo larga cosecha
de desengaños. Si acaso
buenamente se tropieza
con algo bueno, y es fácil
conseguirlo, se aprovecha.
Pero amar... no puedo amar...
mejor dicho, amo de veras;
por tanto fingir no puedo,
porque yo...

CESAR. Fernando, espera.
Segun puedo deducir
de esa extraña reticencia,
estás preso entre las redes
de Cupido... Cuenta, cuenta.

FERN. No puedo contarte nada
César, aunque lo quisiera.

CESAR. ¿A quién amas?

FERN. A un fantasma
que nunca de mí se aleja.

CESAR. Fernandillo, por acaso
¿son amores de novela?

FERN. Algo de novela tienen.

CESAR. ¡Tú romántico! ¡Oh sorpresa!
¿Cómo se llama?

FERN. Lo ignoro.

CESAR. ¿Lo ignoras?... ¿Dónde se encuentra?

FERN. No lo sé.

CESAR. ¡Qué laberinto!
El demonio que te entienda.

FERN. No es muy fácil... Otro dia
te contaré, mi buen César,
dónde y cómo conocí

A la que mi alma llena
de un amor... (Se oye voz de María y Luisa.)

CESAR. Pues demos punto.
Mi novia y su ~~prima~~ hermana llegan.

ESCENA V.

DICHOS, MARÍA y LUISA.

LUISA. Vés, nos estaba esperando.
¿No es verdad?

CÉSAR. Cierto, alma mia.
Con afan.—Bella María,
¿cómo está usted?

MARÍA. (Secamente.) Bien.

CESAR. (Aparte.) (Trinando.)

MARÍA. Y deje de ser galante.

CESAR. (Bendito Dios, que tal hizo.) (Aparte.)
(Esta chica es un erizo,
siempre está de mal talante.)
¿Qué tal el paseo?

LUISA. Grato;
la mañana es deliciosa,
y yo vuelvo muy gozosa.

CESAR. Lo celebro.

MARÍA. (Aparte.) (¡Mentecato!...)

CESAR. Si yo lo hubiera sabido,
Luisa del alma mia,
con la mayor alegría
á las dos hubiese ido
con placer acompañando.
Pero temprano salí.

LUISA. Ya lo sé.

CESAR. Cuando volví,
era ya tarde... Fernando,
te presento á mi futura.

FERN. Y que es en extremo bella.

CÉSAR. Su hermana María.
FERN. (Reconociéndola.) (Es ella.) (Saludándola.)
MARÍA. (No tiene mala figura.) (Idem, aparte.)
CESAR. Mi amigo Fernando Lara.
FERN. Señoras, tengo el honor...
(El objeto de mi amor
ya encontré... ¿Quién lo pensára?)
CESAR. Jóven de claro juicio,
militar, condecorado...
MARÍA. (Con desdén.) ¡Ah, militar!...
FERN. (Rápidamente.) Retirado
para siempre del servicio.
Y damas de tal valer
si puedo servir de algo,
de lo poco que yo valgo
pueden desde hoy disponer.
LUISA. Gracias mil.
MARÍA. (Con frialdad.) Lo mismo digo.
Nuestra amistad le ofrecemos.
FERN. (¿Tu amistad, nó más? Veremos
si algo más de tí consigo.) (Aparte.)
LUISA. ¿Y en Madrid no ocurre nada?
Dispense si soy curiosa.
FERN. Señorita...
LUISA. ¿Alguna cosa
que merezca ser contada?
FERN. ¿Qué quiere usted que le diga
de Madrid?—Siempre lo mismo.
Madrid es un hondo abismo
en el que impera la intriga.
La verdad no espere hallar
en verano ni en otoño
en la villa del madroño
quien la pretenda buscar.
Todo sujeto á la crítica
de unos nécios engreidos
que la echan de instruidos

y juegan á la política.
Muchos que están blasonando
de virtudes de Caton,
y en cuanto les dán turron
se ván al opuesto bando.
Dirá usted que solo exhalo
de mis lábios el veneno...
Pero allí hay muy poco bueno
á trueque de mucho malo.

MARÍA. (Su conversacion me agrada.) (Aparte.)

CESAR. Siempre estás de buen humor. (A Fernando.)

FERN. En Madrid todo es peor
que en provincias.

CESAR. (Riendo.) ¡Qué bobada!

FERN. Hay mucho galan prendado
de la esbeltez de su talle,
y que vá de calle en calle
muy apuesto y atildado...
Que á cuantas mira enamora
con afan. Siempre...

MARÍA. (Interrumpiéndole.) Mintiendo.
¿Está usté el retrato haciendo
de su sexo? (Con burla.)

FERN. Sí, señora.
no pretendo disculparlo.
Todo es en ellos falsía.

MARÍA. Eso á mi hermana decia
(Con intencion, mirando á César.)
hace poco. ¿A qué negarlo?
No hay uno solo leal...
Todos son á cual mejores... (Con ironía.)
Las mujeres son...

FERN. (Con aplomo.) Peores.

MARÍA. No.

FERN. Sí. (Idem.)

MARÍA. Es imposible.

FERN. No tal.

Y á rogar me atreveré
que me conceda perdon
si de la misma opinion
no soy, señora, que usté.
Son irremediables males...
Quizá en raras ocasiones
habrá algunas excepciones...
Yo creo á todas iguales.

MARÍA. Mil gracias por el favor. (Con acritud.)

FERN. Un gran mal es la franqueza.
Perdone usted mi rudeza
si la ofende.

MARÍA No señor...
¿La mujer?...

FERN. Poco varía.
Las ménos son las discretas...
Raras, tontas ó coquetas
de poquísima valía.

MARÍA. Trata usted muy duramente (Con enojo.)
á mi sexo, caballero;
y prevenirle yo quiero
que está usted inconveniente
algun tanto.

FERN. Yo lo siento;
pero si he de proseguir
la verdad tendrán que oir,
yo, señora, nunca miento.
Y aunque parezca punzante
mi modo de argumentar,
yo nunca lo he de enmendar,
porque fuera vergonzante.
¡Raro bicho es la mujer! (Sentenciosamente.)

LUISA. Repórtese usted.

MARÍA. Luisa,
más vale tomarlo á risa.

CESAR. (Ay, me vá á comprometer.) (Aparte.)

MARÍA. Pues señor, es gran fortuna (Con ironía.)

haber un galan hallado
de gusto tan delicado
como usted.

FERN. Será tontuna
pensar como pienso yo.

MARÍA. ¿Amó usted alguna vez?

FERN. (Flemáticamente.) ¿Una sola? Más de diez.

MARÍA. ¿Pero, amar de veras?

FERN. No.
Ya nadie ama de veras.
Ha pasado el tiempo aquel
de Marsilla y de Isabel.
Hoy sería pedir peras
al olmo, querer hallar
mujeres de corazon.
No hay quien sienta una pasion
ni quien la sepa inspirar.
Y á decir me atrevería
que creo que no hay ninguna
que tenga la *gran fortuna*
de hacer la conquista mia. (Risa de todos.)
Pues dado que tropezára
con una que me agradase,
para que yo me casase,
que *ella á mí me enamorára*
era condicion precisa,
y la cual yo no revoco.

LUISA. ¿Pero está tu amigo loco?

CESAR. No le hagas caso, Luisa.

MARÍA. Eso sería muy nuevo (Riendo.)
y bastante original.

FERN. ¿No le parece á usté mal?

MARÍA Muy al contrario. Y apruebo (Idem.)
tan extraña condicion.
Pero mucho desconfio
que encuentre usté, amigo mio,
mujer con resolucion

para emprender su conquista
en España, por ahora.

FERN. No lo crea usted, señora. (Con cómica gravedad.)
Muchas me siguen la pista,
y yo por eso me ufano.
Han de decirme:—«Señor,
¿quiere usté hacerme el honor
de concederme su mano?

MARÍA. ¡Já! ¡já! Contener no puedo
la risa... Perdóneme...

FERN. ¿Reirse..? Púes no hay de qué. (Pausa.)
Una apuesta hago sin miedo
de perder.

MARÍA. (Riendo.) ¿Con quién? ¿Conmigo?

FERN. Sí.

MARÍA. ¿Y es?...

FERN. Que aunque se empeñára,
señora, en que yo la amára,
que fuera en balde le digo.
Pues hasta que no viniera
á suplicarme llorosa
que yo la hiciera mi esposa,
dudo que lo consiguiera.

MARÍA. ¡Já! ¡já! Festivo es su humor.
Ya tengo entretenimiento
en San Sebastian.

FERN. Presiento
que eso es principio de amor.

MARÍA. ¡Amor yo!... ¿Amor?... Sería
por cierto lo más extraño.

FERN. Lo que no pasa en un año
pasa despues en un dia.

MARÍA. Puede estar tranquilo y quieto,
que á mí no me pasará;
y casi intencion me dá
de aceptar su extraño reto.
Pero no quiero vencer

por no mirarle humillado.
Y... confieso que ha escitado
mi simpatía.

FERN. (Aparte.) (¡Oh placer!)

MARÍA. Por lo tanto, como amiga
puede mi mano oprimir;
y hasta luego. (Dándosela.)

FERN. A desistir
esa confesion me obliga.

MARÍA. (Ya derroqué su arrogancia (Aparte.)
y casi, casi, lo siento,
que merece un escarmiento
por su necia petulancia.)

CESAR. Luego te quiero explicar... (Aparte á Luisa.)

MARÍA. Si dán estos caballeros
su permiso, los sombreros
vamos, hermana, á dejar.
(Ahora con su amigo aquí (Aparte.)
se expontaneará: le oiré
desde la puerta y veré
qué es lo que piensa de mí.)

CESAR. Aquí esperamos, hablando,
para almorzar, alma mia. (A Luisa.)

FERN. (¡Ah, qué hermosa es mi María!) (Aparte.)

MARÍA. (¡Es muy ~~simpático~~ amable don Fernando!) (Idem.)

ESCENA VI.

FERNANDO, CESAR y MARIA, oculta tras el portier de su cuarto.

FERN. ¡Gracias á Dios que se fué!...
Yo que de leal me precio
he estado haciendo una farsa
indigna de un caballero.

CESAR. Y á mí me has dado un ratito
de tortura...

FERN. Ahora puedo

contestarte á la pregunta
que me hiciste há poco tiempo.

CESAR. ¿Qué pregunta, Fernandillo?...
Porque ahora no recuerdo...

FERN. El nombre de la mujer...
Nó, del ángel de mis sueños.

CESAR. ¿Es por ventura?...

FERN. María.

CESAR. ¿María?... ¡Cuánto me alegro!

FERN. María, César.

MARÍA. (¿Qué escucho?...
¿Y dónde me ha visto?...)

CESAR. Pero,
¿en dónde la has conocido?

FERN. Ya verás; es un suceso
muy original, escucha:
pero guárdame el secreto.
Yo me encontraba en Madrid
de guarnicion el funesto
dia veintidos de Junio.
Salí con mi regimiento
del cuartel. Obedecer era
preciso á mis jefes.

MARÍA. (Empiezo
á comprender...)

FERN. Entré con mi compañía
enmedio de un rudo fuego
por la calle de la Abada
en la de Jacometrezo.
Y te diré la verdad,
se batian con denuedo
digno de mejor fortuna
los paisanos é insurrectos.
Me mandaron atacar
una barricada; y lleno,
no de temor, de tristeza,
porque iba contra el pueblo

á combatir, mandé al punto
cargar á mis ingenieros.
Lo que allí pasó no sé;
porque un balazo en el pecho
recibí, y sin sentido
caí desplomado al suelo.
Cuando los ojos abrí
solo por cortos momentos,
rodeado me encontré
de rostros para mí nuevos.
Mi sangre corria á mares,
y con lienzos y pañuelos
atajarla procuraba
una mujer ¡santos cielos!
que un querube parecia.

CESAR. ¡Qué emocion!...

MARÍA. (¡No sé qué siento
al recordar esa escena!)

FERN. Perdí el sentido de nuevo,
y al recobrarlo, no estaba
ella allí. Pregunto, inquiero...
Pero en balde, solo supe
que con heridos diversos
al hospital me llevaron
desde una fonda. Yo luego
procuré saber el nombre
de la fonda.

CESAR. ¡Pensamiento
magistral! y era... dí pronto.

FERN. La fonda Española.

MARÍA. ¡Cielos!...
(Veamos si consiguió...)

CESAR. ¿Y bien?

FERN. Cuando dejé el lecho
fuí á la fonda, pregunté;
me enseñaron un cuaderno
en que habia muchos nombres...

Mas vé á adivinar...

CESAR. Comprendo.

FERN. Desde entónces, César mio,
desde entónces no sosiego;
y el semblante de María
está grabado con fuego
en mi corazon.

MARÍA. (¡Dios mio!)

(Mueve involuntariamente la cortina, y la vé César.)

CESAR. (Fernando, nos está oyendo.)

FERN. (Disimula.) (Alto.) Ya vés, chico,
si nací en dia funesto;
pues segun me dicen todos
es una mujer de hielo:
y como sabes que soy
tan obstinado y tan terco,
tendré yo, aun á pesar mio,
que abandonar el terreno.

CESAR. Pues hombre, ruega; y acaso...

FERN. ¿Yo rogar? César, no cejo.
Tiene que hacerme el amor.

MARÍA. (Pues me hace gracia el empeño.)

FERN. Y sinó de aquí me marcho
y emigraré al extranjero.
Eso será lo mejor:
de ese modo evito el riesgo
y los desaires.

MARÍA. (Me gusta.
Pues no lo hará ó poco pueblo.)

FERN. Ahora me voy de esta fonda,
y á la noche hasta del pueblo.
¡Ramirez! (Llamando.)

ESCENA VII.

DICHOS y RAMIREZ.

RAM. Mándeme osté.

FERN. ¿Mis maletas has deshecho?
RAM. Sí señó: limpiando estaba
la ropa.
FERN. Pues vuelve luego
á guardarla.
RAM. ¿Pus qué ocurre?
FERN. Y vé á buscar al momento
otra fonda, porque en esta
corren peligrosos vientos.
Esta noche nos marchamos
á Madrid.
RAM. ¿Otra te pego?...
Con tanto ir y venir
ya me voy yo pareciendo
á aquer mar judío errante...
FERN. ¿Qué murmuras tú, mastuerzo?
Obedece y cállate,
ó de un puntapié...
RAM. Obedezco.

ESCENA VIII.

FERNANDO, CESAR y MARIA.

CESAR. ¿Pero Fernando, de veras
te vás á marchar?
FERN. Corriendo.
CESAR. Pero te despedirás
de Luisa por lo menos.
Espera cortos instantes,
voy á avisarla.
MARÍA. (Me alejo.)

ESCENA IX.

FERNANDO y CESAR.

CESAR. (Despues de notar que María se ha marchado.)
Ya se fué. ¿Cuál es tu plan?

FERN. Ya lo sabrás. Ahora espero
que María vendrá aquí.
No salgas en algun tiempo...
Mejor dicho, hasta que llame
ella misma.
CESAR. ¿Sí?
FERN. Hasta luego.

ESCENA X.

FERNANDO.

De probar mi fortuna
llegó el instante.
Quiera el cielo que admita
mi amor constante.
¡Mi dulce dueño,
tú eres el suspirado
sol de mis sueños!
¡Cuatro años ansiando
llegára el dia
de encontrarme contigo,
bella María!
¡Tanto te quiero...
que á no querer casarte ..
(Transicion cómica.)
quedo soltero!

ESCENA XI.

DICHO y MARÍA.

MARÍA. ¿Cómo se encuentra tan solo
y en lugar tan retirado
el sér más afortunado
que existe de polo á polo?
FERN. Señora, esperaba aquí
que concluya de arreglar

mi ropa, para marchar,
mi asistente... Porque si
prolongo mucho mi estancia
en San Sebastian ahora,
puede suceder...

MARÍA. (Con alegría, aparte.) (Me adora.)
Y ¿á dónde el viaje? (Afectando indiferencia.)

FERN. A Francia. (Pausa.)

MARÍA. ¿Habla usted francés?

FERN. Tal cual...
Lo suficiente á mi ver
para hacerme comprender...

MARÍA. (Con burla.) ¿De las francesas?

FERN. Cabal.

MARÍA. ¿Y qué riesgo correria
don Fernando en esta playa?...
¿Qué le impulsa á que se vaya?

FERN. Usted me fuerza, María,
este puerto á abandonar. (Con fuego.)

MARÍA. ¿Yo?... (¡Respiro!) No lo entiendo.

FERN. Sí, porque me estoy temiendo
que se vá usté á enamorar
de mí.

MARÍA. ¡Qué!... (Asombrada y con enojo.)

FERN. (Con calma.) Soy muy sincero,
y evitarle quiero el daño
de llorar un desengaño.

MARÍA. Muchas gracias, caballero...
Mas debe tener presente,
que si yo me propusiera
que usted el amor me hiciera,
alcanzára fácilmente
rendir su fuerte albedrío
sin hallar oposicion
de su parte.

FERN. (Con fatuidad.) ¡Pretension
de mujeres!

MARÍA. (Enojada.) Señor mio,
siquiera por cumplimiento
no debe usté desmentirme.
FERN. Eso, señora, es decirme...
MARÍA. Que es usted muy poco atento...
Y si prosigue en su tema,
del gusto me privaré
de escucharle, y marcharé
á mi habitacion.
FERN. (Con ironía.) ¡Pamema!
Usté ha salido hasta acá,
porque sin duda ha sabido
por César, que he decidido
marcharme, y...
MARÍA. (Riendo forzadamente.) ¡Já! ¡Já!
FERN. De su alegría á pesar,
señora, yo le aseguro...
—y es más, que hasta se lo juro
aunque lo quiera negar,—
que vino con la intencion
de detener mi partida.
MARÍA. No he visto en toda mi vida
hombre con más presuncion.
FERN. Sin duda consistirá
esta orgullosa manía,
en que no traté hasta el dia...
MARÍA. Señoras. (Interrumpiéndole con acritud.)
FERN. Eso será.
MARÍA. Y como está acostumbrado
á que le busquen...
FERN. Cabal.
MARIA. Nos juzga á todas igual,
mas de un modo equivocado...
Pues, de señora, á mujer,
hay una gran diferencia;
y es un delito ó demencia
distancia no establecer.

Que si olvidan su decoro
algunas, no lo harán todas;
que esta no es cuestion de modas,
señor mio.

FERN. (Aparte con pasion.) (¡Ah, te adoro!...
Mas no rindo el pabellon,
que dejando el ceño fiero
me has de decir: —Yo te quiero,
Fernando del corazon!)
Dice usté bien... pero... (¡Audacia!)
Yo he tenido la fortuna
de no encontrar á ninguna
de esa clase.

MARIA. (Con dignidad.) La desgracia
debiera decir mejor.
Porque en pobres corazones
que abrigan esas pasiones
caber no puede el amor.
El amor, debe brotar
del alma, cual puro armiño...
Pero, á ese otro... cariño,
nombre no encuentro que dar.

FERN. (Al cabo se remontó.)

MARIA. Y basta ya de altercado.

FERN. Estoy mal acostumbrado
sin tener la culpa yo.

MARIA. ¿Cuántas le han enamorado,
don Fernando? (Con ironía.)

FERN. Más de diez...
Ya se lo dije otra vez
si no estoy equivocado.

MARIA. (No se le puede sufrir.)
Es usted insoportable. (Con ira.)
(Pausa larga.)

FERN. Si fuese usted tan amable
que quisiera convenir
en decir la verdad pura

de lo que á preguntar voy...
(Despues de una ligera pausa dice con resolucion.)

MARIA. Hable usted. Resuelta estoy
á hacerlo así.

FERN. ¿Me lo jura?

MARIA. Se lo ofrezco, y es bastante...
No faltaré á mi promesa.

FERN. ¿Detrás la cortina esa
usté escuchó hace un instante
una historia?

MARIA. (Pausa.) Sí, señor.

FERN. Pues la juro por mi fé,
que es verdad cuanto conté
y que es inmenso mi amor.
Que toda mi dicha fundo
en que llegue usté á ser mia.

MARIA. (Conmovida.) ¿Qué dice usted?

FERN. Sí, María,
que es mi cariño profundo.
Ahora á usted hablar le toca...
Pero prevenirla quiero
que debe ser verdadero
cuanto salga de su boca.

MARIA. Así se lo he prometido,
y será.

FERN. (Muy marcado.) ¿Me ama usted?

MARIA. (Ruborosa y evitando su mirada.) ¿Yo?...

FERN. Cuidadito... Sí... ó nó...
Cumpla usted con lo ofrecido.

MARIA. Señor mio... yo... rehuso... (Sin saber qué decir.)
Ya vé usted... mi posicion...

FERN. Esa no es contestacion
Mariquita. Es un abuso...
Es más, una deslealtad.
Solo decir debe aquí,
sí... ó nó...

MARIA. (Desconcertada.) Pues bien, sí.

FERN. ¡Qué escucho! ¿Será verdad?
(Con profunda emocion, pero reprimiéndose al momento, dice aparte.)
(Por poco me desconcierto.)

MARÍA. Sin darme la explicacion
es suyo mi corazon
que para amar creí muerto.

FERN. (Despues de una pausa, dice marcando mucho sus palabras.)
Pues bien, dentro de muy poco
aquí César vá á venir
con su hermana, y á pedir
va usted mi mano.

MARIA. (Con asombro.) ¿Está loco?

FERN. Y antes, ha de confesar,
pero, *alto*, su amor vehemente.

MARIA. Lo dicho; que está demente.

FERN. Y sino, juro marchar (Con decision.)
hoy mismo, y á toda prisa,
y para jamás volver,
muy lejos.

MARIA. Lo puede hacer.

FERN. Está bien. César! (Llamando.)

MARIA. (Idem.) Luisa!

ESCENA XII.

DICHOS, LUISA y CESAR y á poco RAMIREZ y JOSEFA.

CESAR. ¿Qué quieres?

FERN. Que me despido
de tí, y de estas señoras.

MARIA. Luisa!... (Aparte á su hermana.)

LUISA. (Idem, idem.) Por qué te azoras?...

MARIA. Que se marcha!

FERN. Ordenes pido
para América.

MARIA. (Aparte á Luisa.) (¡Ay, se vá!...
Y sabiendo que le amo.)
RAMIREZ. Señorito, nos guiyamos?
JOSEFA. A almorzar esperan ya.
CÉSAR. Voy á acompañarte. Así...
FERN. Yo te ruego que te quedes.
Estoy á los piés de ustedes.
(Al ir á salir, María le detiene colocándose ante la puerta y diciendo con fuerza.)
MARIA. Usted no sale de aquí.
(Reprimiéndose y aparte á Fernando.)
¿Se ha propuesto el humillarme?
Pues bien lo conseguirá,
y hasta llorar me verá...
FERN. De soberbia.
MARIA. (Voy á ahogarme.) (Siguen hablando.)
JOSEFA. ¿A dónde vais?
RAMIREZ. A Piquin.
MARIA. (Alto, y con voz alterada.)
Sepa usted que yo le quiero.
(Pausa.) Que me corresponda espero?
FERN. Si viene usted con buen fin...
(Afectando gazmoñería. María exclama furiosa.)
MARIA. Esta es una burla impía.
Márchese usted, por favor,
que me está ahogando...
FERN. (Aparte á María.) (El furor!)
(Alto.) Adios, por siempre, María.
LUISA. Y se marcha...
CESAR. (Aparte riendo.) (Qué tirano!)
MARIA. (Vá á marcharse.)
FERN. (Desde la puerta.) Servidor.
MARIA. (Con suplicante tono y casi llorando.)
¿Quiere usté hacerme el honor
de concederme su mano?
RAMIREZ. ¡Jesú! El mundo al revé...
Yo no me casaba así. (A su amo.)

FERN. Sinó te marchas de aquí...
Bien mio, perdóname.
Alma de mi alma...
Sol de mi sueño,
perdona mis ardides
yo te lo ruego.
No, ruborosa,
me niegues de tus ojos
la luz hermosa.
Confesar que se ama
no es un delito.
¡Desgraciado el que nunca
sintió el cariño!
No hay mayor pena
que amar sin esperanza
mi dulce prenda.

LUISA. Del amor te burlaste, (A María.)
sufre el castigo.

FERN. ¿Me perdonas, mi vida?

MARIA. ¡Fernando mio!...

LUISA. (Con burla.) Sonó tu hora,
y á querer te obligaron.
(Se oye el toque de una campana.)

JOSEFA. A almorzar tocan.

FERN. Aguardad un momento...
Tengo una idea... (A María, por el público.)
Voy á ver si le engaño. (Al público.)
Dice el poeta...
(No encontrando palabras, dice de pronto, oyendo la campana que vuelve á tocar.)
A almorzar vamos,
al que bata las palmas
le convidamos.

FIN.

CATÁLOGO

DE LAS OBRAS ESTRENADAS É INÉDITAS

QUE PERTENECEN Á ESTA GALERÍA.

OBRAS EN UN ACTO.

Al revés.
Calabazas á tiempo.
¡Canela!
El ramo de lilas.
El amor en velocípedo.
El libro azul.
El lujo de mi mujer.
El hombre de bronce.
Eclipse de luna.
Esto se complica.
¡Estaba escrito!
En busca de mi cartera.
Emociones de un can-cán.
La viuda de Rodriguez.
La Guia de forasteros.
La lista grande.
Los Mayorazgos.
Mas vale malo conocido...
Mi gallega de Betanzos (1).
Mi sobrino.
No mas suegros.
No hay boda sin llanto.
No hay muerte como el olvido.
¡Papá!
Por un ramo de violetas (2).
Puertas y armarios.
¿Quién es el muerto?
(Se continuará.)
Que será que no será.
Una mision sagrada.
Ya encontré lo que buscaba.

EN DOS ACTOS.

Don Robustiano.
Nadie diga de este agua no beberé.
Un casamiento forzoso.

EN TRES ACTOS.

Amar á ciegas.

(1) Propiedad de Madrid.
(2) Idem idem.